MENÉNDEZ PELAYO Y SU PROYECTO HISTORIOGRÁFICO DE UNA «NACIONALIDAD LITERARIA» ESPAÑOLA PLURILINGÜE[1]

Introducción

Leopoldo Alas, con su acostumbrada lucidez irónica, iniciaba la cuarta de sus «Lecturas» publicadas en 1886 en *La Ilustración Ibérica*, en los siguientes términos: «La historia de la literatura española puede decirse, sin ofender a nadie, que no se ha escrito» (1987: 57). La misma idea sugería su condiscípulo Marcelino Menéndez Pelayo [MP] en el extenso prólogo redactado para la traducción al castellano (1901) de *A History of Spanish Literature* de J. Fitzmaurice-Kelly, sin duda una de las reflexiones más lúcidas que sobre la articulación de una historiografía literaria española se habían escrito hasta entonces[2]. Esta nota resulta, además, de una gran utilidad como compendio de la genealogía de esa nueva ciencia en España, que, como el mismo MP subraya, «es

---

[1] La publicación de este trabajo, que permanecía inédito tras el fallecimiento de su autor, ha sido posible gracias al interés de José Manuel González Herrán, de la Universidad de Santiago de Compostela. Isaías Lerner y Alejandro Alonso, de la City University of New York, han sido los responsables de la revisión y de la edición del manuscrito.

[2] Estos apuntes de MP tenían un importante precedente en la extensa «Introducción» de Amador de los Ríos a su *Historia crítica de la literatura española* (1861).

una creación del siglo XIX» (1941: 79); una ciencia en la que se daban cita «el sentido estético con la curiosidad arqueológica, poniendo a contribución la psicología y la sociología, [...] tan distante de sus modestos orígenes, que parece una nueva y genial invención, un ciencia nueva que de otras muchas participa y con sus despojos se enriquece« (79). Repasa el erudito santanderino las contribuciones de Bouterwek, Sismondi, Ticknor y obviamente la del hispanista británico cuyo manual prologa, entre los extranjeros; en cuanto a la aportación española, se detiene, aunque brevemente, en Gil y Zárate, Amador de los Ríos y en la «Biblioteca de Autores Españoles». En su opinión, los prólogos de la BAE, los manuales de Gil y Zárate y Ticknor y algunos fragmentos de Amador de los Ríos constituyeron los elementos básicos de «los libros de texto que han corrido con más o menos fortuna en nuestras aulas« (85).

Este era el clima en el que trabajaba el joven catedrático de Historia Crítica de la Literatura Española fundamentalmente desde 1878[3]. Su *Epistolario* (1982-1991) muestra que a partir de ese año, e incluso un poco antes, MP comienza a dialogar sistemáticamente con dos de sus mentores (G. Laverde Ruiz y Juan Valera) y con otros ocasionales interlocutores sobre el proyecto de una «Historia Crítica de la Literatura Española» [*HCLE*] que lo va a obsesionar el resto de su vida. El 23.III.1882 le escribe Juan Valera una carta a su joven y admirado amigo en la que, entre otras cosas, le hace una observación importante: que su *Historia de las ideas estéticas* es un proyecto interesante y de mérito, «pero todavía sería mejor una buena historia de la literatura española completa, que está por escribir» (5: 275,345)[4]. Y le menciona dos ejemplos, el de George Ticknor y el de José Amador de los Ríos, sobre los que descarga unas observaciones críticas: del primero señala su erudición «sin crítica y sin capacidad de sentir bien y comprender la hermosura«; del segundo, aunque «sentía mejor», su exceso de erudición: «era pesado

[3] Para un detallado entendimiento de los esfuerzos por articular una historiografía literaria española en el siglo XIX pueden consultarse con provecho L. Romero Tobar (1996, 1998 y 1999), José C. Mainer (1981), F. Bassner (1995) y M. Garrido Palazón (1992).

[4] Para seguir la evolución de las diferentes perspectivas que van configurando el proyecto historiográfico de MP se incorporan las fechas de las cartas citadas, así como el volumen, el número de la carta y la página correspondiente del *Epistolario*.

como el plomo» (345)[5]. Obviamente, no eran las suyas las únicas historias literarias existentes en la España de la Restauración, aunque sí probablemente las más consultadas, junto al manual de Gil y Zárate; ni sería Juan Valera el primero en hacer esta sugerencia; pero sus consejos, junto a los de Gumersindo Laverde Ruiz, iban a ser determinantes en la cambiante configuración del programa de una historia crítica de la literatura española que el joven catedrático santanderino asumiría desde edad muy temprana como su gran proyecto. La recomendación de Valera era especialmente relevante porque insistía en la inevitable complementación del análisis histórico con el de la reflexión teórica en el estudio del fenómeno literario «español«, y sobre todo en la exhaustividad cronológica, desde los orígenes hasta la contemporaneidad del autor.

Sin duda, el escritor andaluz tenía en cuenta en estas observaciones el modelo más habitual de los manuales de retórica, que tanto éxito comercial tuvieron en la época, como consecuencia, en gran parte, de la progresiva institucionalización de los diversos niveles educativos; en este tipo de compendios la parte historiográfica propiamente dicha quedaba generalmente relegada a un lugar secundario, cuando no totalmente silenciada[6]. En este sentido, la *Historia de las ideas estéticas* suponía un avance con respecto al repertorio de textos entonces al uso, pero Valera deseaba que MP fuese un poco más lejos, por eso le recomienda: «escriba toda la historia de la literatura y no sólo la de las teorías sobre ella» (345)[7]. Una carta a Miguel Caro el 19.VII.1882, pocos días después de haber recibido las de Valera, demuestra que MP tiene ya muy claro por estas fechas que la elaboración de una *HCLE* va a ser el gran proyecto de su vida: «Siempre me bulle en la cabeza el pensamiento de comenzar a trabajar seria y detenidamente en la historia de la literatura española. A ello estoy obligado en cierta manera por mi puesto oficial de catedrático [...].Como usted ve, tal empresa ha de ser de muchos años, y

[5] Ver las severas críticas al manual de Ticknor del mismo MP (1941), que coinciden con las formuladas por *Clarín* en la «Lectura» mencionada.

[6] Ver I. Morales Sánchez (2000) para una breve y excelente introducción a los manuales de retórica en la España del XIX.

[7] También es verdad, como se verá más adelante, que MP ya había recogido esta idea en su «Programa de literatura española» preparado para sus oposiciones a cátedra (1878), en cuyas notas introductorias señalaba que consideraba «preferible estudiar las *doctrinas literarias* al mismo tiempo que los *hechos*. Los escritores críticos se encontrarán repartidos en sus lecciones y épocas respectivas» (1941: 12).

quizá absorberá del todo mi vida literaria» (5: 328,416). Esta actitud es corroborada por L. Alas, quien rememora en la mencionada «Lectura»:

> Hace años que tengo noticias del proyecto, del gran proyecto de Marcelino: la historia de nuestra literatura. Cada vez que nos encontrábamos por casualidad en las calles de Madrid o en algún café [...] yo le preguntaba afanoso por sus trabajos [...]. Pues en estos diálogos rápidos en la calle [...] yo le oía un día y otro aludir a su magna obra, a la que ha de ser tal vez la principal de su vida. (1987: 63-64)

Como se verá en otra sección de este trabajo, son casi tan frecuentes la cartas que animan e incitan a MP a iniciar la elaboración de este magno proyecto como las que le sugieren perspectivas globales o hacen observaciones de detalle. Estas circunstancias forzarán al estudioso de la heterodoxia española a recurrir a todo tipo de argumentos para justificar ante sus varios interlocutores las sucesivas dilaciones, que él reconocía que podían dañar su imagen pública no sólo de estudioso infatigable sino también, y sobre todo, de catedrático de la especialidad en la Universidad Central madrileña.

La relevancia que MP le asigna a su proyectada *HCLE*, y el eco que la idea tiene entre algunos de sus allegados, queda reflejada en el extenso repertorio de cartas del *Epistolario* que aluden a ella, y en las que quedan recogidas no sólo sus visiones de conjunto, sino también muchos de los detalles a los que se vio obligado a responder a medida que su concepción de la *HCLE* iba adquiriendo una mayor densidad, como resultado de sus propias investigaciones monográficas y del diálogo epistolar. El período cubierto por el repertorio de cartas aquí analizado se extiende de 1877, con una carta de Laverde Ruiz fechada el 13 de julio, a otro mes de julio, el del año 1901, en que MP recibe una misiva de Joaquina de la Pezuela en la que por última vez se alude directamente a la proyectada *HCLE*.

El protagonismo epistolar fue liderado por Laverde Ruiz y Juan Valera, con los que mantuvo una constante relación hasta el momento mismo de la muerte de estos, ocurrida la del primero en 1890 y la del escritor andaluz en 1905. Son ellos quienes mayor incidencia ejercen sobre la obra de MP, sobre todo en sus primeros estudios y proyectos. Sin embargo, en el repertorio epistolar reseñado también participan otros interlocutores, aunque en menor medida y de forma menos efec-

tiva que los dos mentores señalados. Figura Emilia Pardo Bazán, cuya idea de escribir también ella una historia de la literatura castellana sobresaltaría al joven catedrático, a pesar de las insistentes palabras de tranquilidad de Laverde Ruiz[8]. Pero una serie de cartas del *Epistolario* ofrece una cara realmente sorprendente: el efecto de la aparente rivalidad que supondría para MP una historia de la literatura española que proyectaba escribir Pardo Bazán. Esta noticia va a producir un grado de nerviosismo tal en el joven catedrático que Laverde Ruiz se ve obligado a sugerir algunas estrategias para desviar a la escritora gallega de su proyecto mediante un bien pensado programa de «tentaciones», que en su opinión aquella no podría rehuir. En una carta fechada el 5.V.1883, después de comentarle que la escritora gallega es especialmente apta «para escribir monografías sobre los *Personajes poéticos españoles*», Laverde le sugiere: «Creo que no sería difícil meterla por ese camino si se la estimulase, y así acaso desistiera de la Historia literaria. Propón a la Academia que abra un certamen para premiar memorias sobre *El Cid en la literatura*, por ejemplo, y es casi seguro que Dª Emilia acudiría a la palestra« (6: 95,106). No deja de ser irónico que ese mismo día también le escriba E. Pardo Bazán animándolo a trabajar en su *HCLE*.

Le confiesa MP a Laverde el 2.IV.1883 que le molesta la noticia de que la aristócrata gallega se decida a escribir una *Historia de la literatura española*; y señala la razón fundamental: «quizá diga la gente que yo que por obligación la enseño no la he escrito todavía, o que por pereza, o por no servir para el caso» (6: 70,77); cuando en realidad él tiene poderosas razones para no lanzarse a redactar su proyectada *HCLE*, sobre todo «los enormes trabajos e investigaciones preliminares que exige» (77), y que en España todavía no existían. Es más, «muchos de los monumentos literarios son de difícil acceso» (77). Y enumera una serie de conclusiones: en tanto no se realicen estudios sectoriales es imposible lanzarse a elaborar «el trabajo de síntesis y de conjunto»; que «nuestra amiga [E. P. B.] no se ha hecho cargo de todas las dificultades de la empresa», y finalmente que tanto sólo una atrevida ignorancia podría lanzarla a un proyecto semejante, porque el mismo MP, que se jacta en es-

[8] La historia «interna» del proyecto historiográfico de MP presenta una imagen bastante poliédrica, porque en ella se dan cita los intereses individuales y colectivos de un grupo de intelectuales motivados por las razones más dispares: económicas, educativas, eruditas, ideológicas, etc.

ta misma carta de «haber visto tanto número de libros españoles raros como el que haya visto más en esta generación«, temblaba «antes de escribir la historia» (77).

Laverde trata de tranquilizarlo (5.V.1883), aduciendo una serie de razones, una de ellas de especial relevancia: E. Pardo Bazán se limitaría a las letras castellanas, y por tanto no sería, en comparación con el proyecto de MP, «más que una monografía» (6: 95,105). Pero su aventajado discípulo no se confía; y cuando al año siguiente (1.I.1884) le envíe una copia de su programa docente, que venía a ser también el esquema temático para la articulación de su *HCLE*, le hace el siguiente encargo: «no se lo dejes ver sino a persona de tu mayor confianza, porque si no, podría salir cualquiera desflorándome el pensamiento, v.g. nuestra amiga Dª Emilia» (6: 241,270). A pesar de las cartas que la escritora gallega le dirige dándole ánimos para materializar su proyecto historiográfico, el eminente montañés seguía viendo en ella una potencial amenaza[9]. Hay que incluir igualmente al colombiano Miguel Caro, con el que sostiene MP uno de los intercambios más informativos y reveladores sobre su propia visión de la *HCLE*. Luego vendrá una nómina de individuos que sólo de forma ocasional se aventuran a animar a MP a que dé por iniciado su proyecto.

Es difícil dilucidar si la idea de elaborar una *HCLE* nace en MP *motu proprio* o es el resultado de las insistentes peticiones de sus mentores-amigos, especialmente de Laverde Ruiz. Si bien la génesis de la idea pudo haber sido el resultado parcial de influencias «exteriores», está claro por la correspondencia del mismo MP y por la articulación de su «Programa» de cátedra (1878) que este la asume en toda su integridad y la hace suya muy pronto, en parte por su propia vocación «historicista», pero también por su mencionada condición de catedrático de la especialidad de historia crítica de la literatura española en la Universidad Central. No fueron ajenas a esta identificación de MP con la idea de elaborar una *HCLE* las muchas cartas que recibe en las que se lo califica de historiador ideal para llevar a cabo un proyecto semejante[10]. Co-

[9] Véase también Leopoldo Alas (1987) para unas notas interesantes sobre la «rivalidad» entre MP y Pardo Bazán.

[10] Francisco Ynduráin (1969: 25) aporta un dato de interés que no debe ser descartado: el estímulo que debieron de representar los 32 volúmenes de la *Historia de la literatura portuguesa* de Theófilo Braga. No debería pasarse por alto tampoco el posible impacto que el frustrado intento de Sismondi de ofrecer una visión de conjunto de las li-

mo se trata de un proyecto de historiografía literaria cuya articulación se prolongó a lo largo de más de tres décadas, es lógico que esta sufriese fluctuaciones y que en ella incidiesen perspectivas no siempre reconciliables, sobre todo si se tiene en cuenta la polifonía de voces que expresan sus opiniones, recomendaciones e incluso objeciones. También es cierto que la mayoría de los interlocutores de MP interesados en el proyecto muestran un alto grado de homogeneidad ideológica y coinciden, en gran medida, en los principios generales que deberían seguirse en la articulación de un proyecto histórico-literario como el que el erudito santanderino tenía en mente.

Ya desde muy pronto destacan las dos características más salientes de la *HCLE*: por un lado, una visión diacrónica desde la «prehistoria» clásica hasta la época contemporánea, para incorporar no sólo los orígenes remotos de la nacionalidad literaria española sino también sus más recientes manifestaciones[11]; y por otro, la voluntad de incluir en este espacio literario la cada vez más visible realidad multilingüe de la península y de las nuevas naciones castellano parlantes de ultramar. Este segundo aspecto obligaría a MP a reconsiderar algunos de los principios básicos con los que había operado hasta entonces la incipiente historiografía literaria nacional y a reflexionar sobre algunas de las cuestiones que su mismo planteamiento suscitaba.

---

teraturas meridionales europeas para afirmar la unidad del «genio latino», pudo haber producido en MP, preocupado como estaba este por descubrir en las tres literaturas peninsulares (castellana, catalana y galaico-portuguesa) el «genio peninsular».

[11] La propuesta de historiar «hasta nuestros días», como le sugerirá Juan Valera en una carta, era realmente excepcional para una época en la que los historiadores, como hacen de la Revilla y Alcántara en el segundo volumen de *Los principios generales de literatura y literatura española*, solían incluir «advertencias» de este tipo: «Damos con esta lección fin a nuestro estudio de literatura española, sin entrar en el siglo XIX, por razones fáciles de comprender. La circunstancia de no hallarse aún cerrado este período, de no estar bien determinados los movimientos literarios que en el mismo se observan desde el siglo que acabamos de estudiar, dificulta sobre manera hacer un estudio completo sobre la materia». (1884: 757). C. Boyd resalta esta misma característica en los manuales de historia publicados durante las primeras décadas de la Restauración: «Restoration history textbooks rarely extended the national story into the Nineteenth century. For some, recent history was by definition offlimits to the historian committed to *objectivity*; for all, recent Spanish history was a political minefield that was perhaps best avoided"» (1997: 86).

Una de las claves para entender esta visión plurilingüe de la «nacionalidad literaria» hispánica, para utilizar la terminología del propio MP, hay que buscarla en la documentada familiaridad del erudito santanderino con las lenguas y literaturas de la Península, sobre todo con el sector más conservador del mundo cultural catalán[12]; pero esta personal inclinación encuentra el marco ideológico apropiado en el carácter vigoroso del nacionalismo español de la Restauración, como se detecta en la significativa reseña de Juan Valera sobre *La literatura española en el siglo XIX* del Padre Blanco García, en la que al hablar de las diferentes literaturas recogidas en este tratado historiográfico (la castellana, incluida la hispanoamericana, además de las de expresión catalana, la gallega y la del bable), manifiesta el deseo de que se complete la obra con un cuarto tomo dedicado a las literaturas portuguesa y brasileña del XIX:

> De esta suerte tendríamos el cuadro verdaderamente completo de toda la literatura contemporánea española, dando al nombre o vocablo 'España' la amplitud que tuvo en el siglo XVI, ya que entonces se comprendían en dicho nombre, sin apelar al de Iberia, no sólo los reinos y estados diversos que había en la Península e islas adyacentes, sino también los vastos dominios y provincias de Ultramar que castellanos, catalanes y portugueses habían descubierto y colonizado, implantando allí nuestra cultura, nuestras leyes y costumbres y los idiomas de Cervantes y Camoens. (1961: 891)[13].

El «Programa» de docencia

El 20.IX.1883 le escribe MP a Laverde Ruiz la siguiente nota: «Decididamente voy a emprender este año la Historia de nuestra Literatura, conforme la voy explicando. Este año irán los orígenes» (6: 185,201). Se refiere obviamente a sus clases en la cátedra de Historia Critica de la Literatura Española en la universidad madrileña, en las que,

[12] Valgan como ejemplo las breves notas de Javier Varela (1999: 29-34).
[13] Ver J. Álvarez Junco (2001) para la mitificación del siglo XVI por parte de la historiografía nacionalista conservadora española del siglo XIX.

en principio, seguiría el «Programa» presentado a las famosas oposiciones de 1878[14].

El extenso texto del «Programa», que va precedido de una «Introducción« en la que MP expone los criterios y la lógica que lo fundamenta, ofrece un inmejorable punto de partida para analizar y contextualizar la extensa correspondencia sobre la *HCLE*, ya que fue, como señala oportunamente Real de la Riva, la «primera y única vez [que establece] un cuadro sinóptico de su amplio programa» (1956: 295). No puede dejar de sorprender al lector que en el primer párrafo del texto introductorio MP señale como uno de sus objetivos desbancar el error, que le parece «funesto», de pensar que «la *Historia de la literatura española* no es ni más ni menos que la *historia de la literatura castellana*« (1941: 3). Casi todo el contenido de esta primera parte la dedicará, por consiguiente, a establecer lo que él denomina «los términos de la cuestión«, no sin antes dejar claro que su materia de estudio «ha de limitarse a las producciones españolas en las que predomine un elemento estético» (4); una observación en la que se detecta la modernidad del marco conceptual del fenómeno «literario» con el que operaba MP.

Para responder a la pregunta: «¿Qué entendemos por obras y escritores *españoles*?» (4) son utilizados tradicionalmente dos criterios: el de la nacionalidad y el de la lengua. En relación con la primera, MP considera fundamental la distinción entre «nacionalidad política» y «nacionalidad literaria», estableciendo implícitamente la dinámica autónoma del discurso literario (aunque en sus presupuestos el erudito santanderino no vaya tan lejos) con respecto al político: «el desarrollo estético –dice- influye y es influido por el social: unas veces le guía y otras le tuerce, en ocasiones viene a ser un reflejo, sin que sea fácil decidir *a priori*, si es mayor la influencia de la sociedad en los libros, o la de los libros en la

[14] Amador de los Ríos había sido el primer titular de la cátedra, que se introdujo para los estudios de doctorado en 1859, aunque, como documenta J. C. Mainer, el verdadero perfil de la asignatura, y del concepto que la sustenta, sería obra del propio MP (1981: 451). En su famoso e influyente *Compendio de retórica y poética* Coll y Vehí incluía la siguiente anotación: «En nuestros tiempos ha tomado mucha importancia el estudio *histórico-crítico* de la literatura, que además de la vida de los autores, del conocimiento, interpretación y juicio de sus obras, comprende el examen de la influencia que recibieron de las épocas y obras precedentes; la que ejercieron en su época y en las posteriores, tanto en su patria como en las naciones extrañas; la que recibieron o ejercieron con relación a la ciencia, a las costumbres y a la vida completa de los pueblos y del humano linaje». (1883: 8)

sociedad» (4); incluso llega a cuestionar algunos de los principios de la historiografía romántica y post-romántica: «si de algo conviene huir en crítica es de ese afán de considerar encerradas todas las fuerzas vivas de un pueblo en una unidad panteística, llámese *estado*, *genio nacional*, *índole de raza*« (4); en otras palabras, el «genio nacional» literario no tendría por qué coincidir con el «genio nacional» estatal. Y sugiere los ejemplos de la «hermandad literaria» inglesa y estadounidense, la española y la de sus ex-colonias de ultramar. Propone, por tanto, una lectura dinámica y heterogénea del concepto de «nacionalidad», a partir de la premisa de que «una *nacionalidad* perfecta y armónica no pasa de utopía» (5). A MP le parece fundamental admitir el hecho nacional como una unidad en *la variedad*, «sobre todo en la lengua y en la literatura« (5)[15].

Asentado el concepto de *nacionalidad literaria*, el polígrafo santanderino se apura a establecer los criterios que le permitan responder a dos cuestiones fundamentales: «cuándo comienza [una determinada] literatura y en qué señas hemos de conocerla y distinguirla de las demás antiguas y modernas» (5). Tradicionalmente se utiliza el criterio filológico cuando no el de la nacionalidad político-estatal. Para MP, aunque el primero le parece «mucho menos vago y contradictorio» que el segundo, es sin embargo insuficiente para dar una respuesta mínimamente aceptable. Cuestiona, por ejemplo, el término de *española* para denominar la que en su opinión es la lengua castellana[16].

---

[15] Juan Valera, uno de los más asiduos y efectivos interlocutores de MP en estos años, utiliza en su citada reseña sobre la historia literaria del P. Blanco García el término de «genio peninsular», que es «uno en su raíz y tronco, aunque dividido después en tres ramas», las representadas por las literaturas castellana, catalana y portuguesa (1961: 892). Hay que añadir aquí, como señala P. Sainz Rodríguez, que el pensamiento de MP en relación con los principios de la historiografía romántica no se muestra tan coherente como sugiere la introducción del *Programa*: «Después de alguna vacilación [...] Menéndez Pelayo aceptó plenamente la idea del genio nacional o de la raza, movido principalmente por los resultados de sus investigaciones históricas, para fijar las características de la filosofía española» (1962: 492).

[16] En su *Horacio en España* se pueden leer las siguientes declaraciones: «¿Necesitaré explicar por qué he llamado a este libro *Horacio en España* y no *Horacio en Iberia*? Lo primero, porque el nombre de *Iberia* lo desacreditó entre las gentes de buen seso cierto partido político. Lo segundo, porque el nombre de *España*, que hoy abusivamente aplicamos al *reino unido de Castilla, Aragón y Navarra*, es nombre de región, nombre *geográfico*, y Portugal es y será tierra *española*, aunque permanezca independiente por edades infinitas; es más: aunque Dios la desgaje del territorio peninsular, y la haga andar errante, como a Delos, en medio de las olas. No es posible romper los lazos de la his-

Menciona, entre otros, el caso de las *Cantigas de Santa Maria*, para demostrar que si se funcionase con la identificación previa, una parte muy relevante de la obra alfonsina quedaría necesariamente fuera de un estudio de la literatura *española*[17].

«Españoles fueron en la Edad Media los tres romances peninsulares [castellano, catalán y galaico-portugués]: los tres recorrieron un ciclo literario completo, conservando unidad de espíritu y parentesco de formas en medio de las variedades locales. Eran tres dialectos hijos de la misma madre» (6). Esta misma idea barajaba ya el filólogo gallego Saco y Arce en un artículo publicado en *El Heraldo Gallego* (1876), con el sugerente título de «El habla gallega ¿es lengua, idioma o dialecto?», en el que se pueden leer las siguientes observaciones: «en nuestra península el castellano, el gallego, el asturiano, el catalán, el valenciano [...] pueden mirarse como variedades de la lengua española. Y entiéndase que al decir, *española*, no aludo a la castellana, que en rigor es también un dialecto de aquella». Según Saco, entre las «tres principales hablas» ibéricas, la gallega («madre de la portuguesa»), la castellana y la catalana, habría «relación de confraternidad, no de afiliación y dependencia» (235). Curiosamente, también MP habla de *dialectos* para referirse al castellano, portugués—del que formaría parte el gallego—y al catalán, por tanto, necesariamente tenían que reflejar «iguales sentimientos y parecidas ideas»

---

toria y de la raza; no vuelven atrás los hechos, ni se altera el curso de la civilización por divisiones políticas (siquiera duren eternamente) ni por voluntades humanas [...]. *España* y *Portugal* es tan absurdo como si dijéramos *España* y *Cataluña*. A tal extremo nos han traído los que llaman *lengua española* al *castellano* e incurren en otras aberraciones por el estilo" (1951: 29-30). La descalificación del "iberismo" por parte de MP delata un importante contexto para entender su "pan-hispanismo": los múltiples intentos que desde mediados del siglo XIX circulan por los diversos ámbitos políticos e intelectuales de la Península para articular el «alma ibérica».

[17] Esta afirmación ayudaría a explicar un hecho en principio sorprendente: la edición de lujo de las cantigas alfonsinas (1897) auspiciada por la Real Academia Española. Es igualmente valiosa la siguiente observación de Juan Valera con relación a un autor catalán: «La Real Academia Española, en cuyo seno hay siempre catalanes, desea hacer una hermosa edición de las poesías de mosén Jacinto Verdaguer, a quien se gloría de contar entre los más inspirados poetas españoles, aunque en catalán haya escrito» (1961: 1160). En este sentido, se les había anticipado la Academia Francesa, al hacer un reconocimiento público ya en 1864 de *Mireya,* el celebrado poema provenzal de F. Mistral. Las dificultades de difusión y venta experimentadas por este tipo de ediciones «académicas» quedan perfectamente documentadas en la correspondencia entre Cueto y MP; ver X. González-Millán (2003).

(6). En ocasiones, MP parece trabajar con una ambigua distinción entre *literaturas* (identificadas a partir de una lengua concreta) y *nacionalidad literaria*, que sería una especie de súper-sistema multilingüe. Lamentablemente, en medio de estas reflexiones, el erudito santanderino no puede resistir ciertas tentaciones y echa mano de lecturas que hacen trizas su tesis: «Dios ha querido además que un misterioso sincretismo presida al desarrollo de las letras peninsulares» (7).

Forzado por la lógica de su propio argumento, MP tiene que incorporar en la *nacionalidad literaria* española textos latinos, pero también los expresados en las dos lenguas *semíticas* (el árabe y el hebreo), aunque no sin ciertas reticencias, por las restricciones que le imponía un programa que hacía del catolicismo la piedra angular de la hipotética *nacionalidad literaria* española[18]. La literatura de expresión latina aportaba soluciones a la inevitable cuestión de los orígenes de la *nacionalidad literaria* española, y al mismo tiempo le permitía integrar el papel predominante del espíritu religioso como principio de su unidad: «el estudio de la literatura latino-eclesiástica tórnase además indispensable como antecedente para el de los orígenes de la lengua, del *metro* y de la *rima*, y de casi todos los géneros literarios» (10). Al adoptar esta perspectiva plurilingüe dice MP seguir «el buen ejemplo« de Amador de los Ríos, «comprendiendo en el programa la literatura hispano-latina y las tres vulgares en toda su extensión y desarrollo» (11).

En un momento de su exposición vuelve al concepto de *nacionalidad literaria* para insistir una vez más que el criterio filológico, obviamente insuficiente para explicar la compleja realidad literaria peninsular, tenía que ser reemplazado por el de *estilo*, porque «no [es] en la lengua, forma de suyo variable y sujeta a mudanzas, sino en el estilo, [donde] reside la *unidad* interna de las literaturas» (8), una idea que expone de forma más precisa unas líneas más abajo, al definir el concepto mismo de 'estilo': «ni lo sustancial ni lo formal lo da la lengua sino el *estilo*, comprendiendo bajo esta palabra todo el desarrollo mórfico necesario para que la concepción artística deje de ser *idea pura*« (9». Así quedaban perfiladas las líneas centrales de un programa de investigación que le

[18] Es esta una perspectiva que elabora MP extensamente en algunas de sus cartas. Ver la excelente visión de conjunto que J. Álvarez Junco (2001) ofrece sobre las conexiones entre la historiografía y el nacional-catolicismo en la España de la Restauración.

serviría a MP de marco de referencia para muchos de sus estudios monográficos.

HCLE *como un 'libro de texto' universitario*

La idea inicial de la *HCLE* tiene muy probablemente uno de sus varios orígenes en una sugerencia que Laverde Ruiz le envía al joven MP, que entonces contaba sólo 19 años, en la que le aconseja que escriba un «compendio de la literatura española« a nivel universitario. La primera de las cartas en la que se recoge este programa es del 13.VII.1877. El remitente, catedrático de literatura en Santiago, se lamenta de las dificultades asociadas con «la adopción de libros de texto y los compromisos consiguientes» (2: 202, 411), y piensa que una posible solución sería que MP elaborase este tipo de manual y que se lo dedicase indicando que lo había escrito a ruego suyo. Le hace ver Laverde que no sería una pérdida de tiempo; por el contrario, representaría un medio excelente de hacer posible ciertos ingresos, al tener asegurado como mínimo el mercado universitario controlado por el propio Laverde (Santiago), Milá i Fontanals (Barcelona) y Eguílaz Yanguas (Granada)[19]. MP no tarda en contestarle (24.VII.1877), aceptando y asumiendo el programa que le sugiere: «Me parece bien el proyecto de libro de literatura. Y quizá este invierno le vaya confeccionando, durante mis viajes, porque no es trabajo pesado» (2: 207, 424). A Laverde se le debería, entonces, en gran parte el haber animado a MP a pensar en un proyecto que será a lo largo de casi toda su vida un punto de referencia con el que llegará a contrastar y relacionar casi toda su producción académica.

Unos meses más tarde (25.X.1877), Laverde vuelve sobre la misma idea: «A ver si escribes para el curso próximo una historia didáctica de la literatura española, con abundancia de citas o ejemplos, a fin de poder yo adoptarla, juntamente con el libro de Milá, y así verme libre de pagar tributo a autores de pacotilla» (2: 250, 524). Ahora le habla ya explícitamente de una «historia didáctica«, una fórmula que MP muy pronto superará, atraído por la visión mucho más amplia y compleja de una historia crítica de la literatura española. Es importante resaltar la re-

[19] A este último catedrático, otro destacado ultramontano, le dedicará MP su *Horacio en España* (1876).

ferencia a la inclusión de «abundancia de citas o ejemplos», que habla de las estrechas relaciones entre el discurso de la historiografía literaria y el antológico, un fenómeno detectable ya desde finales del siglo XVIII[20].

Las peticiones por parte de Laverde Ruiz siguen multiplicándose, porque el año siguiente (9.VIII.1878) insiste en la misma idea de «trazar un bosquejo histórico de nuestra literatura, conciso en los juicios y abundante en ejemplos«; y echa mano de los posibles beneficios económicos, para darle más fuerza a su argumento: «En Santiago bien se despacharían 80 ejemplares cada año. Eguílaz, Milá y acaso otros no dejarían de adoptarla» (3: 136, 215); aprovecha para descalificar las *Lecciones de literatura general española* (1875) de Rafael Cano y los *Principios generales de literatura e Historia de la literatura española* (1872) de Manuel de la Revilla y P. de Alcántara García; esta última por «sobrado voluminosa y amen de esto, insana»[21]. Obviamente, para Laverde Ruiz, y para el mismo MP, *Los principios de literatura general y española* (1877) de Milá y Fontanals eran una alternativa mucho más atractiva, por las afinidades ideológicas y por las estrechas relaciones de amistad que unían a los tres[22].

MP le contesta inmediatamente (15.VIII.1878), recomendándo-

---

[20] La inclusión de una sección antológica como complemento de la exposición historiográfica propiamente dicha la recomendará Laverde en varias cartas, un año más tarde (9.VIII.1878), cuando le propone la elaboración de «un bosquejo histórico de nuestra literatura, conciso en los juicios y abundante en ejemplos» (3: 136, 214-15). Pero también J. Valera, según refiere el mismo MP (27.XI.1881), lo insta a incluir unos cinco o seis volúmenes «que vengan a ser bibliografía y antología copiosísima, incluyéndose en ellos [...] largos trozos y aun composiciones enteras de cada cual» (5: 215, 273-74). Que el discurso antológico estaba muy próximo del historiográfico propiamente dicho queda demostrado por una observación del polígrafo santanderino en una carta a Laverde (27.II.1888), en la que le hace saber que la amplia antología de líricos castellanos encargada por el editor Navarro, con el consiguiente aparato de erudición, le servirían «de borradores para la [proyectada] historia de la literatura» (9: 137, 115).

[21] En el *Epistolario* reaparecen con frecuencia las alusiones a M. de Revilla, casi siempre negativas, por representar las antípodas ideológicas de los «neos» o «ultramontanos». A pesar de la acritud en el tratamiento de su obra y de su persona, en algunas de las cartas se deslizan comentarios de innegable reconocimiento. Por ejemplo, Laverde le deja caer como de pasada a MP la siguiente observación: Revilla «después de todo tiene mucho talento, fácil palabra y bastante instrucción» (2: 10, 25). Y el mismo MP recuerda en otra carta que Revilla le había dicho a Valera, en el contexto de sus oposiciones a cátedra de 1878, «que a haber sido él el juez, me hubiera dado su voto» (3: 191, 298).

[22] Para una breve aproximación a este manual ver M. Rodríguez Pequeño (2000).

le efectivamente el libro de Milá, «el mejor tratado de literatura que en castellano tenemos»; carecía de la parte histórica, que ofrecía el de Revilla-Alcántara, aunque en ediciones posteriores le añadiría un breve programa-guía, con el que MP trataría de emparentar su *HCLE*. Y le hace saber a Laverde que el modelo de «manual para dicha historia» de la literatura española, aunque de fácil materialización, sería «de dudoso resultado [¿económico?], porque corren ya en las aulas cuatro o cinco (Gil y Zárate, Mudarra, Cano, Fernández Espino, &.), aunque flojos» (3: 142, 227)[23].

Laverde no se da por vencido, y dos días después (17.VIII.1878), por tanto sin haber recibido la anterior de MP, vuelve a la carga: «Lo único que podría comprometer el éxito del Manual de Historia de la literatura española *ad usum scholarum* sería la supresión del preparatorio; pero con sólo un par de años que este durase, ya se habrían cubierto los gastos de impresión, pues sólo Milá, Eguilaz y yo te despacharíamos más de 300 ejemplares anuales» (3: 144,229). Incluso le sugiere una serie de claves para consolidar la aceptación de este manual en las aulas académicas: su acomodación al programa de L. Eguílaz y al formato material del manual de Milá. Y le asegura un número de ejemplares vendidos por año, teniendo en cuenta sus estudiantes en Santiago, los de Eguilaz en Granada y los barceloneses de Milá. Este mismo argumento esbozaría diez años más tarde (24.III.1889), al darle a conocer a MP los beneficios económicos de las *Lecciones de literatura general y Literatura española* (1876) de Prudencio Mudarra; y concluye: «Ya ves que una rentecita semejante vale la pena de trabajar un poco« en «un buen libro de texto de Literatura General y Española», calculando que se despacharían unos 400 ejemplares al año (9: 576, 490)[24].

Laverde Ruiz no sería el único en animar a MP a que escribiese

[23] Ver el ya citado «Prólogo a la historia de la literatura española de Jaime Fitzmaurice-Kelly» para una dura crítica de MP a los «llamados *libros de texto*» (1941: 77).

[24] J. C. Mainer señala cómo las «Poéticas» del XIX, documentos especialmente relevantes para estudiar la formación intelectual de la época, representaban «saneados negocios de los catedráticos locales que imprimían por su cuenta el manual de la asignatura» (1981: 445). No sin un cierto grado de ironía rememora MP la inauguración de la enseñanza de la historia literaria en el plan de 1845: «cuando entró en el cuadro general de las asignaturas universitarias, el mismo Director General de Instrucción Pública que redactó aquel plan encontró muy útil, y así mismo muy lucrativo para él, componer un libro de texto e imponerle a todos los establecimiento del Reino. Así nació el *Manual de literatura* de D. Antonio Gil y Zárate» (1941: 82).

un *manual* de historiografía literaria; ya éste había reconocido que Eguílaz le había sugerido algo similar. El *Epistolario* recoge una carta del mexicano Francisco Sosa, fechada el 10.IX.1894, en la que le recuerda que nadie mejor que él «podría prestar un inestimable servicio a la juventud hispanoamericana, escribiendo un libro de texto para las Escuelas Superiores», que sería muy superior a los ya existentes, y por tanto llegaría a convertirse en *el manual* de historia literaria española por excelencia en los centros universitarios latinoamericanos (13: 78, 57). Pero MP estaba plenamente convencido de que su modelo historiográfico era otro. Sería otro hispanoamericano, el colombiano Gómez Restrepo, quien observase las líneas de fuerza que movían el paradigma de la *HCLE*: «Si Menéndez Pelayo hubiese escrito su historia [de la literatura] en la época en que escribió los *Heterodoxos*, nos habría dado una obra sintética de proporciones regulares y armónicas, por el estilo de la *Literatura inglesa* de Taine. Más adelante, tuvo temor a las síntesis prematuras y adoptó los métodos analíticos de la escuela alemana» (1912: 107).

Organización temática de HCLE *y los criterios de articulación*

La organización temático-cronológica y los criterios de articulación historiográfica de la proyectada *HCLE* serán motivo de reflexión y debate constante en el *Epistolario* de MP. La concepción básica, representada por el «Programa» de 1878, sufrirá algunos cambios, debido en parte a las transformaciones en el propio currículum académico de MP y a los múltiples y diferentes consejos que recibe de sus *mentores* e interlocutores ocasionales. Pero ya desde el principio, y a pesar de los cambios aludidos, destaca un objetivo preciso que va a permanecer constante: la reconstrucción de una *hispanidad literaria* multilingüe, es decir, la representación de la producción literaria de las lenguas peninsulares (a excepción del vasco), además del latín y de las dos lenguas semitas (el árabe y el hebreo) en un único marco historiográfico.

En una de las cartas ya citadas (13.VII.1877), Laverde le ofrece su propia visión de la *HCLE*, dividida en varios libros según el siguiente esquema: el primero estaría dedicado al período latino, con un capítulo de introducción «sobre conceptos, plan, método, principios crítico-literarios, &.»; en los siguientes se historiarían sincrónicamente «las letras castellanas, portuguesas y lemosinas, sin olvidar a los escritores lati-

nos del renacimiento». Para la organización y distribución de la materia historiografiada serían utilizados el criterio cronológico (la división en períodos) y la subsiguiente fragmentación en géneros. Por eso Laverde le hace ver a MP que su *Horacio en España* muy bien podría representar ya una sección importante de la *HCLE*, en la medida en que ese trabajo, el primero en la extensa bibliografía de MP, materializaba una dinámica muy similar a la esbozada por su mentor[25].

Algunos de los criterios esbozados en esta carta por primera vez serán aceptados por MP de forma definitiva, en parte quizás porque coinciden con las sugerencias de otro de sus mentores, Juan Valera; otros sufrirán revisiones, especialmente la elección del *incipit* cronológico. Así, unos años más tarde (27.XI.1881) MP le escribe a Laverde informándole de las recomendaciones que recibe de Valera sobre la articulación de la *HCLE*, coincidentes en gran medida con las que aquel le había expuesto en 1877[26]. Valera lo insta a que «comience a trabajar pronto en una historia completa y extensa de la literatura española», e incluso le sugiere un plan para el proyecto, dividido en dos grandes grupos: el primero estaría constituido por cinco o seis tomos dedicados a «la historia general», con los acontecimientos literarios para cada período y género, así como la crítica sintética y analítica de las «obras maestras»; el segundo contendría un número similar de volúmenes, dedicados a recoger la bibliografía y una «antología copiosísima, incluyéndose en ellos las vidas de los autores, todas la menudencias analíticas omitidas en la primera parte, y largos trazos y aun composiciones enteras de cada cual». MP termina señalando que también Valera es partidario de que deberían ser incluidas, tanto en la parte historiográfica como en la antología, «todas las literaturas antiguas y modernas» (5: 215, 273-74).

Valera ya aparece, pues, desde estos primeros momentos como un interlocutor privilegiado en la reflexión colectiva sobre el proyecto

---

[25] De este libro diría su autor que le tenía «especial cariño, por ser el primigénito de mis trabajos y por su propia incorrección y frescura» (1951: 11). Pero la relevancia de *Horacio en España* va más allá: debe ser analizado como un anticipo de la *HCLE* que MP proyectó a lo largo de su vida, porque ya se observa en él el perímetro de la ambiciosa historiografía de las literaturas hispánicas, con la inclusión de las lenguas de la Península y la representación de las nacientes literaturas latinoamericanas.

[26] No debería extrañar esta concurrencia de opiniones entre ambos mentores, dados los extensos contactos entre ellos; de hecho, había sido Laverde quien había posibilitado los contactos entre el novelista andaluz y MP.

de la *HCLE*. No sólo le da ideas sobre la visión de conjunto del proyecto, que coincide bastante con la sugerida por Laverde, sino que además es uno de los que más lo animan a incorporar la literatura portuguesa (en la que incluía la gallega) [27]. Uno de los aspectos más relevantes de esta carta de MP es la concepción de una «historia completa y extensa« de la literatura española, superadora por tanto del plan inicial de un manual didáctico. Este sería a partir de aquel momento el plan más acariciado por MP, con el beneplácito de Laverde, quien también da por hecho en una carta fechada el 1.XII.1881 que el joven erudito santanderino ha dejado de lado el proyecto inicial de escribir una historia didáctica. Ahora ya se habla incluso de un programa de trabajo que requerirá más de 20 volúmenes: a los seis tomos de la parte historiográfica propiamente dicha añade Laverde nada menos que otros 18 para cubrir lo que él califica de sección «bio-bibliográfico-analítica»; e incluso sugiere como modelo la historia literaria francesa de los Maurinos[28]. En esta segunda parte se incorporaría una amplia antología de textos: «En ella podrán entrar muchos trozos buenos que se hallan olvidados entre el fárrago de nuestros poemas» (5: 222, 284).

Esta cantidad de volúmenes, sin embargo, no parece atraer excesivamente al propio MP, porque unos meses más tarde (19.VII.1882), en una carta al colombiano Miguel Caro, con quien mantendrá una correspondencia muy interesante sobre la HCLE, le expone el siguiente plan:

> A pesar de lo vasto de la empresa, no daré a la obra proporciones exorbitantes, aleccionado en esto por el fracaso de mis predecesores, los PP. Mohedanos y Amador de los Ríos. Quiero hacer un libro que sea a la vez conciso y nutrido, libro en que domine el espíritu estético

[27] Esta visión ancilar de la lengua gallega y de su literatura sería objeto de una dura crítica en 1896 en las páginas de *La Voz de Galicia* por parte del líder regionalista gallego Manuel Murguía (2000). [Nota de los editores: esta polémica fue recogida por Xosé Ramón Barreiro Fernández en *Murguía e La voz de Galicia*. A Coruña: Editorial La Voz de Galicia, 2000. Asimismo, los aspectos teóricos de la misma fueron han sido estudiados por Henrique Monteagudo, «Ideas de Manuel Murguía sobre o idioma galego». *Boletín de la Real Academia Galega*. 361. 2000. pp. 197-220.]

[28] Como señala Real de la Riva, MP «siempre echó de menos una base documental y erudita tan amplia como la que representaba para los historiadores literarios el país vecino la *Histoire littéraire de la France* de los Benedictinos de S. Mauro (1865), con sus treinta y cuatro volúmenes de información prima» (1956: 327), un manual que MP aprovechó ampliamente para todo lo relacionado con lo español.

> vez conciso y nutrido, libro en que domine el espíritu estético sobre el histórico, y que, sin mengua del rigor científico, pueda ser de general lectura. Valera me ha sugerido el pensamiento de reservar todos los pormenores menudos y todas las controversias eruditas para una serie de tomos suplementarios, que constituyan a la vez una antología de la literatura española. Así podrá darse más extensión a las citas, insertar composiciones enteras y presentar de una manera ordenada la materia bibliográfica. Así nos excusamos también el interrumpir el texto de la historia con las referencias continuas al pie de las páginas, o con la intercalación de trozos ajenos que siempre quita unidad al estilo. (5: 328, 416)[29]

Ahora se observa que el joven erudito santanderino es más comedido en su empresa, y no quiere caer en una «obra [de] proporciones exorbitantes», como la sugerida por Laverde. Busca combinar la concisión y la generosidad informativa y, sobre todo, que «domine el espíritu estético sobre el histórico» y que, sin mengua del rigor científico, atraiga a un lector no especializado[30]. Le reconoce a Caro lo acertado de una de las recomendaciones de Valera (secundada por Laverde): reservar las controversias eruditas para una serie de volúmenes adicionales, que constituirían una especie de «antología de la literatura española»; este material adicional permitiría una generosidad que los volúmenes iniciales no recomendaban, y al mismo tiempo facilitarían la «unidad [de] estilo» en la exposición histórica propiamente dicha, al no verse forzado MP a interrumpir el discurso expositivo con las obligadas notas a pie de página.

La extensa respuesta de M. Caro (1.XI.1882), analizada un poco más adelante, demuestra que finalmente MP se encuentra con un interlocutor que se atreve a cuestionar seriamente algunos de los criterios básicos de la *HCLE*. El 5.V.1883 Laverde le recomienda, como había hecho E. Pardo Bazán un año antes, que iniciase la *HCLE* por el siglo XVI, estableciendo así una línea de continuidad con la historia literaria

---

[29] La mencionada obra de los hermanos Mohedano, *Historia literaria de España, desde su primera población hasta nuestros días [...]* (1766-1791), sólo abarcaría hasta la época romana; la *Historia crítica de la literatura española* de Amador de los Ríos, publicada en 7 volúmenes entre 1861 y 1865, concluía con la época medieval.

[30] En su *Programa* de docencia MP ya había aludido a la tensión entre el «juicio-sentimiento de lo bello y la apreciación histórica» (1951: 12), aunque en aquella ocasión recomendaba un balance entre ambas perspectivas.

de su predecesor en la cátedra Amador de los Ríos[31].

Y de nuevo le lanza ideas sobre la articulación del proyecto historiográfico: «en vez de llevar de frente todos los géneros a un tiempo o dígase sincrónicamente, sea preferible que, dentro de cada ciclo, trates de cada género por separado, pues el primero de estos procedimientos me parece asaz complicado y embarazoso» (6: 95,105-106); algo parecido a lo que el mismo MP había ya intentado con su *Horacio en España*. Un mes más tarde (7.VI.1883) recibe otra carta, esta de Valera, ya citada, en la que lo anima, por un lado a «llegar hasta nuestros días», consciente de los problemas que implicaba el decir «con franqueza su opinión», tratándose de obras y escritores contemporáneos, y por otro a incluir la literatura portuguesa (6: 121, 131). De esta forma, MP veía acotada cronológicamente su *HCLE*: del siglo XVI a finales del XIX.

El 14.I.1884 Laverde ve cómo MP secunda su sugerencia de comenzar su *HCLE* en el punto cronológico en el que Amador de los Ríos había terminado el suyo. Lejos queda la idea de que el erudito montañés iniciase su proyecto por el período clásico latino, como ambos habían ideado años antes. Laverde insiste en las grandes deficiencias de los estudios de historiografía literaria moderna en comparación con los dedicados a la época medieval (6: 246), una idea que su admirado discípulo haría suya en otra de sus cartas. A estas alturas, MP parece no guardar dudas sobre el período por el que debe comenzar su proyectada historia literaria, como le señala a Laverde el 20.I.1884: «Decididamente empezaré la historia de nuestra literatura en el siglo XVI» (6: 248,279).

Ese mismo año MP le escribe dos cartas a Miguel Caro de una enorme relevancia para entender la complejidad que iba a adquiriendo su *HCLE*. La primera es de finales de febrero (no está fechada) y representa una de las exposiciones más reveladoras de MP, sobre todo porque alude a un concepto fundamental de su proyecto historiográfico, el

[31] Unos años más tarde Leopoldo Alas, que conversa ocasionalmente con MP sobre el tema, da por cierto que ésta es también la concepción del polígrafo santanderino: «El plan de Marcelino Menéndez, a juzgar por las últimas noticias que me dio él mismo, parece haber cambiado un poco, o por lo menos, en las más recientes conversaciones me lo presentó desde otro punto de vista. Por lo pronto, M. Pelayo ya no piensa comenzar por la antigüedad remota, sino en el punto, sobre poco más o menos, en que Amador de los Ríos dejó su obra, esto es, según ya se dijo, en los Reyes Católicos». (1987: 65).

de «nacionalidad literaria», que ya había expuesto en su Programa de 1878. Le confiesa: «No ceso de reunir materiales y madurar ideas para la futura historia de nuestras letras» (6: 40, 39). Insiste en la idea de que su *Historia de las ideas estéticas* servirá de introducción lógica a la «historia de nuestras letras». Y pasa inmediatamente a responder a los reparos formulados por Caro. Para empezar, constata el peso de los estudios contemporáneos (seguramente MP tenía en mente la explosión de los estudios promovidos por las literaturas periféricas), que lo fuerzan a incluir las *otras* literaturas peninsulares en su proyecto: «visto el sesgo que estos estudios llevan entre nosotros, creo que conviene hacer la historia amplia y comprensiva lo más que se pueda, y no limitarnos a la parte castellana» (40). MP está tratando de encontrar el marco de articulación más apropiado para legitimar su propia lectura de la dinámica intersistémica que pretende aplicar al estudio de las literaturas hispánicas. Como el concepto de nacionalidad política, definido tradicionalmente en términos de territorialidad, no le resulta suficiente, como trató de argumentar en su «Programa», MP echa mano de un concepto alternativo, el de *nacionalidad literaria*, mucho más complejo que el anterior, porque en él se dan cita una serie de elementos: el geográfico, el etnográfico (lengua y raza), y «otro elemento más íntimo y recóndito», el de los principios capitales de la civilización española (incluida la americana) y el de las «cualidades nativas del ingenio español« que perviven a lo largo de los «siglos y regiones» (40).

En otra extensa carta (5.X.1884), no menos informativa y reveladora que la anterior, le confía a su amigo colombiano los principios básicos de organización de su proyectada *HCLE*: sería una continuación cronológica de la de Amador de los Ríos, a partir de «la época de los Reyes Católicos», pero, porque es incapaz de abandonar su obsesión por los orígenes, habla de «una vasta introducción que abarque el desarrollo literario latino y semítico anterior a las lenguas vulgares»[32]. Está especialmente interesado en analizar «la época clásica» junto a la moderna, por considerarlas las más desatendidas, una evaluación hecha ya por el mismo Laverde.

Los criterios mencionados por MP en su misiva a Caro son los

[32] Todavía en 1890 recibiría una carta del italiano Emilio Teza, instándole a escribir la *HCLE* y recomendándole explícitamente, como habían hecho otros previamente, que se ocupase «dal cinquecento a noi» (10: 325, 271).

recomendados por su mentor: «haré esta historia por géneros», con la siguiente secuencia: lírica, épica (tanto popular como erudita), novela, teatro, historia, oratoria y prosa didáctica, siguiendo un esquema muy propio de las preceptivas de la época, como se observa en la distribución temática de dos famosos manuales decimonónicos: los *Principios de literatura general y española* (1873) de Milá y Fontanals y el *Compendio de retórica y poética* (1883) de J. Coll y Vehí[33]. El método de exposición para asegurar la «unidad« en la exposición sería:

> (…) una especie de discurso preliminar que escribiré al fin de todo, y que será como el sistema o la teoría de la historia de la literatura española, tal como puede observarse inductivamente por el estudio comparado de sus monumentos, con lo cual me libraré además del escollo de las teorías precipitadas en que tantos naufragan antes de conocer íntegramente los hechos. (6: 433,498)

La plurilingüe «nacionalidad literaria» española

Junto a la debatida cuestión de las delimitaciones cronológicas dentro de las que debería moverse la *HCLE*, hay que situar otro de sus aspectos más relevantes: su dimensión multilingüe. En el contexto del desarrollo de la compleja realidad cultural ibérica de finales del siglo XIX, un proyecto semejante no ofrecía una fácil salida desde el punto de vista histórico. Pero tampoco eran menos discutibles su base metodológica y su fundamento ideológico. MP se empeñaba en construir un modelo historiográfico de la *experiencia literaria hispánica* desde unos presupuestos que obedecían a unos objetivos en los que confluían, y no siempre armónicamente, una disparidad de intereses y presupuestos ideológicos nacidos de la cambiante realidad sociocultural y política de la España de la Restauración.

Las dificultades asociadas con la implantación definitiva de un Estado liberal, la demora en la concreción de un nacionalismo *español*,

[33] La relevancia que MP le asignaba a este último manual queda recogida en el segundo volumen de su *Horacio en España*: «No quiero separar del nombre de Milá y Fontanals el de Coll y Vehí, que siempre le veneró como maestro, y que a su vez lo fue de muchos, ya como profesor, ya como autor del más excelente tratado de Retórica que España posee en su lengua» (1951: 439).

obstaculizada por la explosión coetánea de los nacionalismos periféricos, junto a la crispación ideológica que caracteriza la España finisecular, son algunos de los aspectos que alimentan y condicionan el proyecto de una historia literaria *hispánica* o *ibérica* tal y como la concibe MP, y con él destacados miembros de la intelectualidad ultraconservadora de la época. Obviamente, no es ajena a esta voluntad de integración de las varias lenguas peninsulares, como queda señalado, el conocimiento de primera mano que MP parece tener de ellas, a excepción del vasco[34]. Las cartas en torno a la cuestión de las lenguas literarias y los correspondientes ámbitos culturales que deberían estar representados en la *HCLE* son abundantes. Pero ya desde los primeros momentos en los que se alude a este aspecto parece existir un consenso sobre la necesidad de incorporar las varias lenguas peninsulares, a excepción del vasco. Esta sugerencia viene liderada por los mismos interlocutores que con-

[34] La identificación ideológica del sector ultramontano con esta lectura de la realidad literaria peninsular queda perfectamente documentada en una serie de cartas reproducidas en las *Memòries literàries* de Narcís Oller: Pereda le confiesa al escritor catalán en 1886 su esfuerzo por «vencer ciertas repugnancias castellanas a considerar como parte integrante y principalísima de la literatura nacional a la catalana, no obstante sus peculiares atavíos regionales» (1962: XXIX); igualmente significativo es el texto de otra carta de Valera, esta de 1887: «Yo me alegro de que haya, no una, sino tres lenguas literarias en la Península; pero creo que un genio o espíritu solo, exclusivo para otra casta y común a las tres familias ibéricas, debe ser superior y estrecho lazo de amistad» (xxx); o esta otra de un joven Jacinto Benavente, ofreciéndose a Oller a traducir su célebre novela *Vilaniu*, que consideraba «preciada joya de la *literatura española*» (69) (subrayado añadido). El mismo Oller recupera en sus *Memòries* una carta suya a Mañé i Flaquer, en la que reconoce la especial sensibilidad de Menéndez Pelayo hacia el renacimiento cultural catalán, en contraste con otras figuras culturales del momento: «tan obcecados viven en este punto hasta los ingenios más preclaros de allende el Ebro—excepción hecha de muy pocos, entre los cuales descuella Menéndez Pelayo, quien me ha excitado precisamente a no abandonar el camino emprendido [...]» (64). Especialmente reveladora es la siguiente reflexión del P. Blanco García en el prólogo a su estudio sobre las literaturas regionales para comprender el fenómeno regionalista: «(…) si a trechos parece motín sedicioso encaminado al fraccionamiento de nacionalidades robustas, y grito de rebelión y envidia que se desahoga en exigencias impertinentes y programas radicales y mal digeridos, envuelve en el fondo, cuando no se extrema y saca de quicio, condiciones de justicia y sensatez derechamente opuestas al desorden y al espíritu revolucionario, y viene a rehacer lo que este aniquiló con sus violentas sacudidas. Al constituirse en campeón de las libertades locales, ofrece a la general un apoyo firme que la impida convertirse en desconcierto licencioso.» (1912: XI). Menéndez Pelayo no lo habría expresado de forma más elocuente.

tribuyeron a perfilar los límites cronológicos de la proyectada historia literaria *peninsular*: Laverde Ruiz, Juan Valera y el colombiano Miguel A. Caro. La ronda de sugerencias sobre una historiografía multilingüe había sido inaugurada por Laverde, si nos fiamos del *Epistolario*. En una carta fechada el 13.VII.1877 aquel ya le aconsejaba a MP historiar «sincrónicamente las letras castellanas, portuguesas y lemosinas, sin olvidar a los escritores latinos del renacimiento» (2: 202,412).

Por «letras castellanas» había que entender no sólo las peninsulares sino también las jóvenes naciones de ultramar. Así se lo recomienda Miguel Caro dos años más tarde (8.VI.1879): «V. debe pensar seriamente en escribir la historia general de la literatura española incluyendo a América» (III: 313,480). Es partidario de la inclusión de la literatura americana, una idea que tratará de justificar en cartas sucesivas con criterios especialmente útiles para entender los conflictos interpretativos que se estaban debatiendo en el mundo de la *hispanidad*, sobre todo en las nacientes comunidades nacionales americanas[35].

Si nos fiamos del *Epistolario* Valera aparece como uno de los más decididos defensores de una historia literaria plurilingüe, como le comenta MP a Laverde en noviembre de 1881: «Valera opina por de contado que deben incluirse, así en la historia como en la Antología, todas las literaturas peninsulares antiguas y modernas» (5: 215,274). Reconoce el escritor andaluz la existencia de tres lenguas literarias con sus correspondientes literaturas en la Península Ibérica: la castellana, la portuguesa y la catalana, de las que dice que «acaso hasta terminar el siglo XV [...] rayen tan iguales que no se sepa a cuál dar la preferencia» (1961: 805). El gallego habría dejado de ser lengua literaria desde el siglo XV y degenerado en dialecto; de ahí su recomendación: «todo gallego que no quiera escribir en castellano, escribirá en portugués, y no nos inventará otra lengua culta y literaria que jamás ha existido sino como dialecto del vulgo» (806)[36].

Ya a mediados de 1882 MP parece tener una idea muy clara sobre *las literaturas* que deberían estar representadas en su *HCLE*. El 19.VII.1882 le escribe a M. Caro en los siguientes términos:

---

[35] El mismo MP reconoce que el historiador americano Ticknor también quiso incluir la literatura latinoamericana en su historia de la literatura española.

[36] Esta declaración, como fue mencionado, le valdría una dura réplica del ideólogo del regionalismo gallego Manuel Murguía, publicada en *La Voz de Galicia*. [vid. Martínez Murguía 2000 y Monteagudo 2000].

> La historia de la literatura española, tal como la entiendo, debe abarcar, a manera de introducción, la literatura hispano-latina y las dos literaturas semíticas cultivadas en la península ibérica antes del nacimiento de las lenguas vulgares, y luego seguir en su desarrollo a las tres lenguas literarias de la península, así en el mundo antiguo como en el nuevo. (5: 328,416)

En esta carta, algunos de cuyos fragmentos ya fueron citados, expone MP por primera vez, y en detalle, su concepción de la *HCLE*: el rasgo más destacable es precisamente la incorporación de las diversas literaturas de la península, con una clara conciencia diacrónica[37].

La réplica de Caro (1.XI.1882), de la que también fueron reproducidas anteriormente algunas secciones, no es menos relevante. En ella reclama «la gloria de haberle indicado yo a usted hace algún tiempo la idea de historiar en un solo cuerpo la literatura española, peninsular y americana» (5: 402, 513)[38]. Son especialmente llamativos los comentarios de Caro sobre el grado de institucionalización de los incipientes sistemas literarios de las nuevas repúblicas americanas, a los que califica de «desigual e incoherente producción literaria«; de ahí la confesada imposibilidad de imponerles una clasificación por escuelas, y mucho menos por «encadenamientos filosóficos». En su opinión, una parte de esta producción sólo puede entenderse como «brote y apéndice» de la historia literaria peninsular; otra se explicaría única y exclusivamente por la intervención «de algunos hombres eminentes y originales». La conclusión es lógica: «Así concibo que aquí no hay más historia literaria que la de nuestros escritores y poetas; y este sistema de exposición, que parece quitar importancia a la materia en el aspecto nacional, se lo da en lo literario [...]. Creo en general que aquí hay más *reinados* que *escuelas* literarias» (514).

---

[37] Dado el contenido heterogéneo de muchas de las cartas, el lector debe esperar que el contenido de algunas de ellas se vea citado en más de una ocasión.

[38] Pero no es Caro el único «americano» que aboga por la incorporación de las nuevas literaturas hispanoamericanas a la *HCLE*; del 8.XI.1884 es una carta del ecuatoriano Baltasar Monex, en la que entre otras cosas le dice: «He sabido que prepara Vd. una Historia general de la literatura española incluyendo la literatura de la América española; excelente ha de ser como todas sus obras y abrigo la esperanza de saborear su lectura tan pronto como se publique» (6: 467, 532). Esta carta demuestra, además, que el proyecto historiográfico de MP era ya de conocimiento general en la época, por lo menos en los círculos cultos de los diversos ámbitos de la hispanidad.

Caro, a quien el proyecto de MP le parece un «plan [...] quizá demasiado vasto» (515), sugiere que las literaturas «que se desenvolvieron en la península antes de la castellana» (515) sean objeto de un análisis rápido, en una sección aparte. Aprovecha para señalarle una serie de objeciones directamente relacionadas con el criterio «en [el] que ha de estribar la unidad de la obra». Problematiza especialmente dos: el de territorialidad y el lingüístico; el primero, porque representa *el espacio nacional*, y automáticamente excluiría la literatura americana; pero tampoco el segundo, el criterio filológico, le ofrece demasiada capacidad de articulación:

> El de la unidad del lenguaje, libri unius? En este caso, la literatura española se identifica con la castellana; lo semítico queda excluido; allégase a ella lo latino, por su valor genealógico o colateral, pero siempre con carácter accesorio; y el asunto principal y dominante será la lengua castellana, en su progresivo desenvolvimiento, florecencia y conquistas lejanas [...] No sé si será del todo propio apellidar literatura española, en singular, a las diversas literaturas de la península ibérica. (5: 402, 515-16)

Para mitigar el tono litigante de la carta concluye con el siguiente elogio: «No son estas objeciones al plan que usted se ha propuesto, sino deseos de que la literatura castellana merezca principalmente la atención del hombre llamado a escribir su historia» (516).

En su contestación[39], MP reconoce que «la historia de la literatura española propiamente dicha no nace sino con las lenguas romances (castellana, catalana, gallego-portuguesa)» (6: 40,40), pero sigue interesado en superar el modelo de «historia acéfala representado por Ticknor, quien, al no incorporar el desarrollo de la literatura latina y de las semíticas, «deja sin explicación muchos hechos» (40)[40].

Al mismo tiempo se confiesa identificado con «los provincialismos» (ejemplificados en la obra de Pereda), para demostrar su receptividad hacia las culturas periféricas peninsulares y los nuevos fenóme-

[39] La carta no lleva fecha en el original, pero fue probablemente escrita a finales de febrero de 1883.

[40] Véase la parte introductoria del *Programa de Literatura Española*, en la que alude a este aspecto del manual de historiografía del hispanista norteamericano. En la introducción a su *Historia crítica*, Amador de los Ríos ya había recomendado también «no dejar la historia del ingenio español acéfala» (1861: XCV).

nos literarios americanos.

El interés por la cultura portuguesa, que estaría también representada en la *HCLE*, se materializa en el acopio bibliográfico que realiza el mismo MP, con la ayuda de los «buenos corresponsales» que le aseguran que «nada de lo importante que en aquella región de la Península se publique, deje de venir a mis manos» (6: 70, 77), como le indica a Laverde en una carta fechada el 2.IV.1883. Uno de esos corresponsales privilegiados fue sin duda Valera, como se deduce de la propia correspondencia entre ambos[41], y del contenido de esta otra carta también a Laverde (19.V.1883): «Valera me ha regalado su ejemplar del *Diccionario bibliográfico portugués* de Inocencio da Silva, y además acaba de remitirme una copiosa colección de libros portugueses antiguos y modernos. Espero, pues, que la parte lusitana ha de salir completísima en mi futura historia literaria» (6: 104, 119). Laverde cumpliría un papel semejante en el caso de la literatura gallega (Vid. González-Millán 2003).

HCLE *como continuación de la* Historia *de Amador de los Ríos*

En las constantes anotaciones sobre la delimitación cronológica del proyecto historiográfico literario, MP y sus interlocutores aluden repetidamente a la figura de Amador de los Ríos, cuya cátedra de historia crítica de la literatura española *heredaría* el erudito santanderino. Es Emilia Pardo Bazán quien primero le sugiere el 8.VII.1882 la idea de terminar «el comenzado monumento de Amador de los Ríos» (5: 317,403), lo que equivalía a abandonar la idea de iniciar la *HCLE* por la época clásica latina, como la imaginaba en principio MP. Un año más tarde (5.V.1883) la novelista gallega incluía en otra carta el siguiente comentario: «Sólo un hombre—decía yo a D. Gumersindo [Laverde] no hace dos meses—puede continuar y mejorar la obra de Amador de los Ríos; sólo Marcelino tiene hombros para soportar ese peso» (6: 96, 108)[42].

---

[41] Ver, por ejemplo, 6: 121 o 7: 539, cartas en las que Valera anima a MP a incluir el ámbito literario portugués y el catalán.

[42] Constituye un corpus perfectamente definido un grupo de cartas del *Epistolario* en las que algunos de los interlocutores de MP lo animan a escribir la *HCLE*, aduciendo la misma razón esbozada por E. Pardo Bazán. Un elogio semejante recibirá del ecuatoriano Baltasar Monex (6: 467) o del canario Agustín Millares (10.III.1889), quien le dirige «una súplica»: «No permita V. que extraños se envanezcan con la gloria de dar a

En su extensa carta a Miguel Caro (19.VII.1882), varias veces citada, MP alude a dos precedentes, el de los hermanos Mohedano y el del mismo Amador de los Ríos. (5: 328, 416). También Laverde se une a los que ven en la *HCLE* una continuación de la inconclusa historia de Amador de los Ríos; el 5.V.1883 le escribe en unos términos muy similares a los ya expuestos por la condesa coruñesa: «Yo en tu caso, dejando para lo último la parte ya tratada por Amador, empezaría por el siglo 16º. Esto, además de ser una especie de homenaje a la memoria de tu predecesor, satisfaría la necesidad más urgente» (6: 95, 105); una idea que repetiría al año siguiente (14.I.1884), reafirmando la valiosa aportación de Amador a la parte medieval y animando, por tanto, a MP a concentrarse en el período moderno y en el contemporáneo: «Apruebo tu pensamiento de comenzar la Historia de la Literatura Española en el punto donde termina el tomo 7º de la de Amador de los Ríos, que, aunque tenga sus defectos, llena, por lo que respecta a los siglos anteriores, la necesidad de una obra de este género mucho mejor que, en lo tocante a los posteriores, las demás que tenemos» (6: 246,277).

Unos meses más tarde (5.X.1884) MP ya se afirma definitivamente en la decisión de articular su *HCLE* como una prolongación de la *Historia* de Amador de los Ríos, sin por ello eliminar la posibilidad de volver a épocas anteriores, como había pensado originariamente:

> En cuanto a la *Historia de la literatura*, he decidido empezar por el medio, es decir, por la época de los Reyes Católicos, en que Amador de los Ríos suspendió su trabajo, y continuarla hasta nuestros días, sin perjuicio de volver atrás, si Dios me da vida, y rehacer la parte de la Edad Media, con una vasta introducción que abarque el desarrollo literario latino y semítico anterior a las lenguas vulgares. Pero como la Edad Media, qui-

---

conocer lo que valemos. Nadie como V. es hoy capaz de escribir [la Historia de la Literatura Española] dentro ni fuera de España» (9: 559). También de México recibe MP palabras de ánimo para que «emprenda y realice una historia completa de la Literatura Castellana, que pocos o ninguno podrían trazar con los vastos conocimientos y el claro y sólido juicio de V.» (10: 330, 274-75); son palabras de J. M. Roa Bárcena. El último en enviarle una carta (10.IX.1894) con un contenido semejante es otro mexicano, Francisco Sosa, quien lo anima, en unos términos muy parecidos a los utilizados por Laverde allá por los años 70, para que escriba «un libro de texto para las Escuelas Superiores», es decir, un manual de historia literaria española, insistiendo en que «ninguno mejor que V. podría prestar [este tipo] de inestimable servicio a la juventud hispanoamericana» (13: 78,56).

> zá por sus mismas dificultades, ha sido hasta ahora lo más estudiado de nuestra literatura, no sólo por Amador, sino por Milá y Fontanals, Wolf, Clarus y Puymagre, no veo perjuicio en dejarla para el fin y atender entre tanto a la época clásica y a la moderna, que son las más desatendidas. (6: 433,498)

De Portugal también le llegaría correspondencia animándolo a proseguir el programa historiográfico de Amador de los Ríos. Es el caso de D. García Peres, quien desde Setubal le escribe una carta (28.VII.1890) muy similar a las otras muchas recibidas por MP, en las que se aludía también a sus especiales condiciones para realizar este tipo de trabajo: «Que bueno fuera que con los copiosos elementos que posee, y siendo objeto de su predilección de Literatura, se resolviese a continuar y terminar la Historia de Amador de los Ríos, luego que concluise [sic] la suya de las Ideas Estéticas» (10: 524, 419).

La Historia de las ideas estéticas *(y otros textos) como «introducción» a la HCLE*

En parte por la presión que recibe de varios de sus *mentores* y amigos, y en parte también por la imagen que crea de sí mismo como uno de los máximos responsables en el estudio de la evolución de las literaturas peninsulares, dada su condición de catedrático de la materia en la Universidad central, MP comienza a utilizar cada vez con más frecuencia un argumento justificativo de su permanente interés por la proyectada *HCLE*: todos los estudios específicos elaborados aparecen ahora como introducciones o anticipos de la *gran obra*; el camino no podía ser otro, dados los muchos y profundos *vacíos* existentes todavía a finales del siglo XIX sobre los más diversos aspectos de la historia literaria española, incluso sobre algunos de los autores más canónicos. Así se lo hará ver a algunos de sus interlocutores, en parte como lógica explicación de una forma de actuar y en parte también como inevitable acto de justificación ante las constantes dilaciones que parece mostrar en la puesta en marcha sistemática de su gran proyecto.

En esta sección se recogen algunas cartas en las que se pone de manifiesto la aludida estrategia. En la tantas veces citada carta a M. Caro (19.VII.1882), MP le indica que «la *Historia de las ideas estéticas en España*,

que quizá habrá visto usted anunciada en las cubiertas de los *Heterodoxos*, va a ser la introducción natural a la historia de la literatura. Primero el examen de las teorías, luego el de los hechos» (5: 328, 416)[43]. Es esta una idea que ya le había sido sugerida por Valera. En octubre de 1882 le hace una revelación semejante a Laverde: «Pronto empezaré a dar a la imprenta el primer tomo de la Estética en España. Paréceme un libro de gran novedad y que puede constituir una Introducción a la Historia de la Literatura Española, que comenzaré a escribir después» (5: 386, 496).

Quien con más precisión articula este argumento es el canario Agustín Millares; en una mirada retrospectiva al conjunto de la obra de MP formula el 10.III.1889 la siguiente interpretación: «Ignoro lo que V. piense en este particular, pero paréceme que su Ciencia Española, sus Estudios sobre Calderón, sus Ensayos sobre traductores de Horacio, su Historia de las ideas estéticas, y su magistral obra de los Heterodoxos, son tan solo preliminares de su Historia de la Literatura, que tanto deseo ver anunciada» (9: 559, 476). Sin saberlo, Millares no hacía sino repetir una idea esbozada anteriormente por el mismo MP y sus mentores: que varios de los proyectos editoriales ya materializados eran avances significativos, necesarios e imprescindibles en la articulación de la *HCLE*. MP le contesta inmediatamente (22.IV.1889), señalándole lo que les venía repitiendo a algunos de sus asiduos interlocutores: que tenía el firme propósito de escribir su *HCLE*, y que los trabajos hasta entonces realizados no habían sido sino una inevitable fase de preparación «para esta empresa«. Y acoge la oferta que aquel le había hecho «en lo tocante a noticias de escritores canarios« (9: 628, 530).

Las conexiones entre la *Antología de poetas líricos castellanos*, iniciada en 1890, y el proyecto de historiografía literaria, que el mismo MP había sugerido en una carta (9: 137) a Laverde, ya citada, reaparece en la que le envía Amós de Escalante el 5.II.1892, en la que se hace eco de la

[43] El esfuerzo de MP y algunos de sus interlocutores por ver en la *Historia de las ideas estéticas* una introducción a la *HCLE* hay que entenderlo en un contexto muy preciso: la abundancia de manuales de teoría estética y literaria, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, y la costumbre de publicar obras que sintetizaban ambas dimensiones, la retórica y la historiográfica (por ejemplo, *Principios de literatura general e Historia de la literatura española* (1872) de Revilla y Alcántara, uno de los manuales más cotizados en la época). En algunas de las cartas del *Epistolario* se hace mención a este aspecto de los manuales de historiografía literaria.

misma idea: «Y no olvide Vd. que esperamos con avidez los aficionados algunas nuevas páginas de esa preciosa y novísima historia de la literatura española, que comenzó Vd. a desenvolver en los prólogos de la Antología de líricos castellanos» (11: 502,418). Quizás sea esta misma idea la que subyace en el siguiente comentario (13.VII.1893) de Rubió y Lluch, otro de los grandes amigos e interlocutores de MP: «Por de pronto dejas escrita una parte muy importante de la literatura española: la historia de la poesía lírica» (12: 370,272); probablemente en referencia al *Horacio en España* y a los volúmenes de la *Antología de líricos castellanos*. En el fondo, esta visión coincidía con el plan que Laverde le había recomendado a MP bastantes años antes: el desarrollo expositivo de cada uno de los géneros literarios en un marco cronológico diacrónico. Juan Valera se afirma en la misma opinión, al hablar en términos muy elogiosos de los trabajos de MP, como lo confirma una carta fechada el 15.VIII.1896: «Mucho celebro que Vd. trabaje tanto y tan lucida y provechosamente [...] mas sobre todo esto pongo yo y estimo la Antología, cuyos prólogos enlazados vendrán a ser una preciosa y única Historia de la Literatura Castellana» (14: 47, 34)[44]. En respuesta a una carta del mexicano Francisco Sosa, MP le informa el 26.XII.1894 que sigue trabajando en su *HCLE*; y que sus cinco tomos sobre los líricos medievales, como parte de la Biblioteca Clásica de la Librería Hernando, son una muestra de esta línea de investigación: «Yo sigo trabajando, aunque algo lentamente, en la historia de la literatura española, y he publicado alguna muestra de estos trabajos en cinco tomos sobre nuestros líricos de la Edad Media, que forman parte de la Biblioteca Clásica» (13: 165, 123).

Este tipo de respuestas hay que entenderlas como un argumento *a la desesperada* por parte de MP, ya que, como él mismo había indicado en otras ocasiones, los autores medievales no serían objeto de su investigación historiográfica hasta que no hubiese analizado la época *clásica* y la *moderna*. El erudito santanderino recibe tantas cartas de incitación

---

Una idea semejante esboza el autor de *Pepita Jiménez* en otro trabajo, al hablar de la *Antología de poetas hispanoamericanos* (1893; 95): «Por algo equivalente a dicha historia general [de la literatura hispanoamericana] pueda quizá tenerse la colección reunida de los varios prólogos e introducciones con que don Marcelino Menéndez y Pelayo ha ilustrado y enriquecido la antología de poetas líricos hispanoamericanos, hecha recientemente por tan docto literato, y publicada por orden y a expensas de la Real Academia Española» (1961: 897).

para que se dedique a elaborar su anunciada *HCLE* que se ve obligado a echar mano del argumento de que muchos de sus trabajos, en última instancia, forman parte del aludido proyecto historiográfico-literario. La siguiente carta a Valera, casi al término del siglo (13.IX.1897), lo confirma plenamente: «Llevo acabado un inmenso prólogo—de trescientas páginas aproximadamente—para el tomo séptimo de Lope, que se repartirá este otoño [...] Insensiblemente iré agrupando en torno de las obras de Lope una gran parte de nuestra historia literaria» (14: 342, 246). MP se muestra, pues, cada vez más firme en la idea de correlacionar los prólogos de sus estudios monográficos con su proyecto de la *HCLE*; pero el polígrafo santanderino es consciente de que no dispone de un plan de trabajo coherente y articulado en esta forma de actuar.

Si nos fiamos de una carta de Joaquina de la Pezuela, fechada ya en el siglo XX (15.VII.1901?)[45], algunas de las personas que se carteaban con MP comienzan a detectar un hábito de trabajo en este que hace cada vez más problemática la articulación de la tan deseada *HCLE*; es sobre todo el incesante impulso de una irrefrenable erudición el que una y otra vez no le permite avanzar en sus varios proyectos para dedicarse por fin a «la verdadera historia». La carta de J. de la Pezuela da una buena idea de lo dicho, sobre todo porque de alguna forma problematiza la caracterización de los prólogos de los estudios monográficos de MP como capítulos de la *HCLE*:

> (…) Por de pronto me alegro haya concluido V. tan bien y tan pronto el arreglo de sus libros, y empiece con tan buenos ánimos cosa tan lucida como el prólogo de la Antología; pero no se engolfe V. demasiado y lo haga tan largo que no quepa en el tomo como es fácil, porque el último ya le cogía casi todo entero, y entonces no será tal Antología, sino la propia historia de la literatura que no cabrá en la obra del Sr. Navarro, ni le dejará a V. tiempo para nada: más vale que se deje algo por decir, ahora y luego lo complete cuando escriba la verdadera historia después de concluir la Estética. (16: 174,124)

[45] Los editores del *Epistolario* dan este año como dudoso.

Conclusión

La *HCLE* panhispánica de MP acabaría reducida a su condición de proyecto. La prematura muerte del polígrafo santanderino y su mismo método de trabajo impidieron su materialización. Sin embargo, dejó secuelas en algunos estudiosos de la producción literaria del siglo XIX, preocupados por dar respuesta a la efervescencia de los movimientos literarios periféricos, sobre todo el catalán y el gallego. Sólo así se explica el extenso volumen de la citada *Literatura española en el siglo XIX* del Padre F. Blanco García dedicado a las «letras regionales» o la amplia atención que A. Salcedo Ruiz le presta a las «Lenguas y literaturas regionales» en el tomo 4 de su *Literatura española. Resumen de historia y crítica* (1917). La misma voluntad mueve a M. Méndez Bejarano en dos de sus manuales historiográficos: *Instituciones de historia literaria* (s.f.) y *Literatura española en el siglo XIX* (1921)[46].

El eco de este modelo historiográfico es todavía perfectamente perceptible en los primeros años de la difícil posguerra, en la *Historia General de las Literaturas Hispánicas* (1949), dirigida por G. Díaz-Plaja, quien en el «Propósito» cita extensamente del «Programa« de MP, aunque la pluralización del título no es sino el reconocimiento de la innegable individualidad de cada uno de los sistemas literarios recogidos en este manual.

Si, como dice Romero Tobar, «se impuso la visión de Menéndez Pelayo [...] que postulaba para la literatura española el espacio histórico de toda la Península y el mayor número posible de las manifestaciones del arte verbal cultivado en este espacio, aunque fuera para convocar a todos los demonios de un espíritu esencial de la nación española» (1998: 34-35), la dinámica de cada una de las culturas ibéricas pronto haría este

[46] En las notas preliminares del primero de ellos hace Méndez Bejarano la siguiente declaración de principios: «La literatura española, en su más amplio concepto, abraza el total de obras literarias escritas por autores españoles en la lengua de su país. Decimos en la lengua de su país, sin especificar cuál sea esta lengua, porque en España no siempre se ha hablado la misma, y, aun hoy, coexisten cinco en nuestra Península y cuatro en nuestra nación, sin estimar los dialectos» (s.f.: 1).

modelo si no inservible, al menos altamente cuestionable. No podía ser de otra forma, ante la intensificación de los movimientos de reivindicación política y social que comienzan a reconfigurar la articulación de los idearios fundacionales de los renacimientos culturales de la periferia peninsular, y como resultado de la progresiva castellanización de los manuales de historia literaria *española*, a partir de Menéndez Pidal. Con las sombrías amenazas del separatismo sobrevolando el contradictorio comportamiento de una administración estatal en crisis y políticamente corrupta era de esperar que las tensiones entre el centro y las periferias se intensificase y que el *diálogo literario* entre las tres literaturas peninsulares al que invitaban Menéndez Pelayo y Juan Valera, en un marco ideológico muy concreto, fuese cada vez menos viable.

XOÁN GONZÁLEZ-MILLÁN
HUNTER COLLEGE Y GRADUATE CENTER
CITY UNIVERSITY OF NEW YORK

BIBLIOGRAFÍA

Alas «Clarín«, Leopoldo. (1987), *Mezclilla*. Barcelona: Editorial Lumen.

Álvarez Junco, José. (2001), *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid: Taurus.

Amador de los Ríos, José. (1861), *Historia crítica de la literatura española*. 1. Madrid: Imprenta de José Rodríguez y Joaquín Muñoz.

Barreiro, Xosé Ramón. (2000). Vid. Martínez Murguía (2000).

Bassner, Frank. (1995), *Literaturgeschichtsschreibung in Spanien von den Anfangen bis 1868*. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann.

Boyd, Carolyn. (1997), *Historia Patria. Politics, History, and National Identity in Spain, 1875-1975*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Coll y Vehí, José. (1883), *Compendio de retórica y poética o nociones elementales de literatura*. Barcelona: Imprenta Barcelonesa.

Garrido Palazón, Manuel. (1992), *La filosofía de las bellas letras y la historia literaria en España (1777-1844)*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses.

Gómez Restrepo, F. (1912), «Discurso en elogio de don Marcelino Menéndez Pelayo pronunciado ante la Academia Colombiana, el día 30 de junio de 1912», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. 27. pp. 86-113.

González-Millán, Xoán. (2003), «Ecos do Rexurdimento cultural galego no *Epistolario* de Menéndez Pelayo», *A Trabe de Ouro*. 53. pp. 13-37.

Mainer, José C. (1981), «De historiografía literaria española: el fundamento liberal», en *Estudios de historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, coord. Santiago Castillo et al. Madrid: Universidad Internacional Menéndez Pelayo. pp. 439-472.

Martínez Murguía, Manuel. (2000), «A Don Juan Valera», en *Murguía e La Voz de Galicia*, ed. Xosé Ramón Barreiro. A Coruña: Editorial La Voz de Galicia. pp. 33-41.

Méndez Bejarano, Mario. (s.f.), *Instituciones de historia literaria*. 2. Madrid: Renacimiento.

Menéndez y Pelayo, Marcelino. (1941) «Programa de literatura española», *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*. Ed. Miguel Sánchez Reyes. *Edición Nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo*, dir. Miguel Artigas. 6. Madrid: CSIC. pp. 1-75.

__. «Prólogo a la historia de la literatura española de Jaime Fitzmaurice-Kelly», en Menéndez Pelayo 1941. pp. 77-104.

__. *Horacio en España*, en *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, ed. Enrique Sánchez Reyes. *Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo*, dir. Miguel Artigas. 49. Madrid: CSIC, 1951.

Menéndez Pelayo, Marcelino. (1982-1991), *Epistolario*, ed. M. Revuelta Sañudo, Madrid, Fundación Universitaria Española.
Monteagudo, Henrique. (2000). «Ideas de Manuel Murguía sobre o idioma galego». *Boletín da Real Academia Galega*. pp. 197-220.
Morales Sánchez, Isabel. (2000), *La novela como género. Tradición y renovación en la teoría literaria española del siglo XIX*, Cádiz: Universidad de Cádiz.
Oller, Narcís. (1962), *Memòries literàries. Història dels meus llibres*, Barcelona, Editorial Aedos.
Real de la Riva, César. (1956), «Menéndez Pelayo y la crítica literaria española». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. 32. pp. 293-341.
Rodríguez Pequeño, Mercedes. (2000), «Clasicismo y romanticismo en una poética del siglo XIX: *Principios de literatura general y española* de Manuel Milá y Fontanals (1873)», *Retóricas y poéticas españolas. Siglos XVI-XIX*. Valladolid: Universidad de Valladolid. pp. 195-215.
Romero Tobar, Leonardo. (1996), «La historia de la literatura española en el siglo XIX (Materiales para su estudio)». *El Gnomo*. 5. pp. 151-183.
Romero Tobar, Leonardo. (1998), «Las historias de la literatura y la fabricación del canon», en *Cànon literari: ordre i subversió*, eds. Jaume Pont y Josep M. Sala-Valldaura, Lleida: Institut d'Etduies Ilerdencs. pp. 47-64.
Romero Tobar, Leonardo. (1999), «Entre 1898 y 1998: La historiografía de la literatura española», *Rilce*. 15.1. pp. 27-49.
Saco y Arce, Juan. (1876), «El habla gallega ¿es lengua, idioma o dialecto?», *El Heraldo Gallego*. 30. pp. 233-35.
Sainz Rodríguez, Pedro. (1962), *Evolución de las ideas sobre la decadencia española*. Madrid: Ediciones Rialp.
Valera, Juan. (1961), *Obras Completas*, 2, estudio preliminar de Luis Araujo Costa. Madrid: Aguilar.
Varela, Javier. (1999), *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*. Madrid: Taurus.
Ynduráin, Francisco. (1969), *Clásicos modernos. Estudios de crítica literaria*. Madrid: Gredos.